III Centenario de Cervantes
MDXLVII-MDCXVI

Homenaje
al
Genio inmortal del excelso
Autor del
Quijote
y à la sublime grandeza de
habla y del caracter nacionales

"LAS TRES COSAS DEL TIO JUAN"

por

José Nogales

Cuento premiado
en el Concurso de
"El Liberal"
en 1900

Madrid
Enero 1916
III Edicion

upna

III Centenario de Cervantes
MDXLVII-MDCXVI

Homenaje
al
Genio inmortal del excelso
Autor del
Quijote
y à la sublime grandeza del
habla y del caracter nacionales

LAS TRES COSAS
DEL
TIO JUAN"

por

José Nogales

Cuento premiado
en el Concurso de
"El Liberal"
en 1900

Madrid
Enero 1916

upna

LAS TRES COSAS
DEL
TÍO JUAN

(CUENTO PREMIADO EN EL CONCURSO DE 1900)

Todo el pueblo sabía que Apolinar se estaba derritiendo vivo por Lucía, y que, aunque ésta no se derretía por nadie, no ponía mala cara a las solicitudes del mozo. Matrimonio igual: ella, joven, guapa, robusta y, de añadidura, rica; él, en los linderos de los veinticinco, no pobre, medio señoritín por lo que iba para alcalde, y entrambos hijos únicos. No faltaba al naciente afecto más que el sacramento de la confirmación, y para eso no había otro obispo sino tío Juan, el *Plantao*, padre y señor natural de la dama requerida.

El ilustre linaje de los *Plantaos* distinguióse desde muy antiguo tiempo por una terquedad nativa, de que estaba justamente orgulloso, y, de haber querido proveerse de heráldica, su escudo no fuera otro que un clavo clavado por el revés en una pared de gules. Apolinar sentíase cohibido por esta testarudez hereditaria, y recelaba que el tío Juan saliese con una gaita de las suyas, porque era hombre que no se apartaba de sus síes o sus noes así lo hicieran pedazos.

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

No hubo más remedio que pasar el Rubicón... y tirarse de cabeza en aquellas honduras insondables de la voluntad paterna. El tío Juan había dicho una vez: «¿qué trae ese por aquí?» Y para los que le conocían el genio, era bastante.

—Ahora que está tu padre en la bodega, voy y se lo espeto, y Dios quiera que pueda salir con cara alegre... Pero antes dime, para que lleve fuerza, que me quieres como yo te quiero, con los redaños del alma.

—Apolinar, que me aburres con tus quereres y tonteos. Si quieres decírselo, anda; y lo que saques a mi padre del buche eso será, porque yo también soy *plantá*.

Renegando de aquellos bravíos rigores de la casta, encaminóse Apolinar a la bodega, pasando primero bajo la llorosa parra, que tendía sus sarmientos como cuerdas secas, y después por el angosto corral atestado de aperos de labranza y cachivaches de vendimia. En la puerta de la bodega enredósele un manojo de telarañas en el *bombín*, y tragando saliva entró en la obscura pieza.

—¡Tío Juan; eh, tío Juan...!

—¡Aquí! ¿Eres tú? Con este jinojo de tinglao no se ve gota.

Estaba el hombre muy metido en faena, en mangas de camisa, despechugado, con una pelambre de pecho que parecía una maceta de albahaca. Era más que medianamente apersonado, canoso y fuerte; y sudando, como estaba, parecía un oso polar.

—¿No se figura usted a lo que vengo?

—A tomar un jarrillo.

—No, señor; a tomar un parecer.

—Pues no es lo mesmo. Pero, anda, suéltala; que no hay hombre sin hombre.

—Con esa licencia... no sé cómo le diga que Lucía me tira un poco, un pocazo, si se han de decir las cosas conforme son. Y como me parece a mí que yo también le tiro una migaja, venía, porque es razón, a decirle qué le parece a

usted de este tiraero que va por buen fin y por derecho camino.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en el testuz, y, volviendo las espaldas, fué a buscar el jarrillo y la venencia, y con ambas cosas en las manos, como quien echa el *Dominus vobiscum* se abrió de brazos, diciendo:

—Todo el toque del hombre está entre un sí y un no. Así es que, antes de soltar uno u otro, hay que rumiar bien las cosas. Tomaremos un par de alumbradores y que Dios sea con todos.

Y después de beber por riguroso turno, quedóse tío Juan rumiando aquel escopetazo, como un hermoso y prudente buey que no pone la pata sino en terreno firme.

—Pues, atento a eso, digo que me parece a mí que la mujer se hizo para el hombre y el hombre para la mujer... y que por eso tiran el uno del otro. Pero como ni el hombre ni la mujer son siempre libres, otros han de agarrarse a la mancera para que el surco salga bien hecho y la simiente no se desperdicie. Yo, que por lo de ahora soy el gañán en este negocio, te digo que quien quiera ayuntarse con mi cordera ha de hacer tres cosas, sin que ninguna le perdone; no haciéndolas, ya se puede ir con viento fresco y levantar la parva.

—Aunque sean trescientas haré yo, con tal de meterme debajo del yugo. Eche usted, tío Juan, por esa boca, que ya se me hace tarde, y aunque me mande cargar con la bodega, todavía me había de parecer mandato ligero, según lo encalabrinado y emperrado que estoy con el aquel del tiraero que ya le he dicho.

—No soy tan bárbaro para mandar lo que está fuera de las fuerzas del hombre, por animal que sea. Las tres cosas que pido son éstas: que me traigan todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba, para hacer un remedio de este dolor de ijares que me quita el resuello de cuando en cuando; que al que tenga ese querer, véalo

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

yo una vez siquiera trincar un bocado de hierba sin doblar los corvejones, ni acularse, ni tenderse; que el tal me dé candela en la palma de la mano el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego, sin hacer bailes, ni meneos, ni soplar, ni sacudir.

—¿Nada más?

—En eso me he plantao, y ha de ser a lo justo; que ni sobre ni falte.

—Tío Juan, vaya usted preparando el yugo más fuerte que haya en casa, porque yo me lo echo encima, si Dios no dispone otra cosa.

Y Apolinar salió de allí con la cara radiante, bailándole los ojos en una ráfaga de alegría loca, y dando al viento como romántica pluma aquel jirón de telarañas que se pegó en el sombrero.

—¡Troncho, qué suerte! Lucía, me ha dicho tu padre que te vayas preparando, que tenemos que abrir un surco.

—Qué tonto eres. ¿De qué surco hablas? Me parece que viene su merced algo repuntado y que el jarro habló más que las personas.

—Te hablo del surco que han de hacer en el mundo todas las yuntas humanas. Verás qué labor más dulce.

—¡Pero qué borrico te has vuelto!

* * *

«La del alba sería» cuando Apolinar acudió solícitamente a su corral sin quitar ojo del gallo hasta que dió de sí el extraño remedio del mal de ijares, que en caliente recogió, bien así como si llevase dentro una preciosa esmeralda. Cumplida por aquel día la primera condición y no sabiendo qué hacer a tales horas, tan desacostumbradas para su vigilia, fuese con los cavadores a su majuelo *a matar el tiempo* hasta que el estómago le avisase. Al llegar a la viña, dijo a los jornaleros:

—Vamos a ver, muchachos: un cuartillo de vino hay para

quien sin doblar los corvejones, ni acularse ni tenderse trinque un bocado de sarmientos.

—¿Pero eso qué tiene que hacer? ¡Valiente hombría!

Y cuatro o cinco, los más jóvenes, salieron del grupo y doblándose y enderezándose, sacó cada cual un sarmiento del modo y manera que los palomos cogen pajitas para hacer el nido.

—A ver yo...

¡Que si quieres! Cuantas veces quiso probar, dió de cabeza en el montón. Una risa franca y noblota alegró el majuelo, y hasta el sol de color de cereza que subía por la cuesta azul parecía una gran cara hinchada de risa.

—Para hacer eso hay que criar mucha fuerza de espinazo y que las patas no se blandeen. Es menester cavar viñas y darle al cuerpo buenos remojones de sudor.

—¿Sí? Venga un azadón. Este no pesa, otro...

Y como general que arenga a sus tropas, dijo, blandiendo el instrumento:

—Hoy seré uno de tantos. Hay que apretar..., y no os compadezcáis de mí si veis que reviento, porque necesito echar un espinazo que sea a la vez tronco de olivo y vara de mimbre.

Aquella fué una jornada heroica. Los cavadores, viendo cuán gallardamente trabajaba Apolinar, mermaron cigarros, ahorraron coloquios, apresuraron meriendas y sacaron el unto a sus brazos. Al ponerse el sol, no presentaba aquella cara burlona, henchida de risa, con que apareció entre las brumas de la mañana, sino otra muy grave, casi austera, que parecía complacida con la ofrenda del sudor humano que riega el terrón y fecundiza el mundo.

Al dar de mano, dijo el jefe de la cuadrilla:

—¿No has visto la sementera?

—No.

Y Apolinar sintió una vergüenza muy honda por aquella confesión hecha en pleno campo.

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

—Pues, vamos, hombre; hay día para todo. Tengo una disputa con tu primo Epifanio: él, que lo suyo es mejor; yo, que lo tuyo. Como sementera temprana, la cebada nos llega a la rodilla; el trigo parece un forrajal.

Y fueron al sembrado, que con su verdor alegraba el alma, y en ella sintió Apolinar una voz gozosa que parecía brincar en otra mancha verde y lozana, gritándole: ¡Todo es tuyo; regocíjate, o no eres hombre!

Y se regocijó honradamente, paternalmente, como si toda aquella vigorosa fuerza germinativa hubiese salido de sus propias entrañas.

—¡Yo, que no había visto esto! ¡Maldito sea el casino y las cartas y quien las inventó! ¡Malditos los tabernáculos, que nos chupan el tiempo y no nos dejan ver esta gloria, esta bendición de Dios derramada por los campos!

Los sembrados del primo Epifanio no resistían la comparación. La tierra era la misma; pero rutinas, codicias, caprichos, ignorancia y necesidad la habían esquilmado y empobrecido. El viejo jornalero explicaba el caso.

Dale a un trabajador carne y vino; a otro, papas y tomates. Eso es la tierra: un trabajador. Según le eches, así produce.

Apolinar sintió que otro amor sano y fuerte se le entraba en el alma: el amor a la tierra, el amor a lo suyo, el gozo íntimo y callado del que posee, del que se conforta al calor del surco, como semilla que germina, brota, crece y se reproduce.

—¿En qué estaría yo pensando? Tío Agapito usted me hace un hombre. Voy a echarme al campo como una fiera.

—¡Al campo, al campo! Esa es la ubre... ¡Si vieras a cuánto gandul mantiene el campo!

—Yo soy el primero. Mejor dicho, lo fuí. Ya soy otro. Me duelen los pies... zapatos de vaca... Me duele la cabeza... tiraré este apestoso *bombín* y compraré un sombrero de esos fuertes, como si los hicieran de cerdas de cochino. No más

vestidos de Carnaval. Tío Agapito, un abrazo, y pídale usted a Dios que allá, por la primavera, pueda yo comer hierba sin doblar los corvejones.

* * *

No durmió bien, porque el excesivo cansancio riñe con el sueño. En las manos parecían arder sus huesos desencajados; el espinazo se le engarrotaba... y en medio de sus dolores, otro sentimiento nuevo lo iba conquistando mansamente; un sentimiento de infinita piedad hacia el jornalero desheredado, que todos los días, a cambio de unos cuartos roñosos, aumenta el caudal ajeno con bárbaro derroche de su propia vida, y como a la madrugada oyese cantar al gallo, pregonero de su deber y compromiso, volvió a ver la claridad del naciente día, y otra vez cogieron sus doloridas manos el azadón lustroso, y el sudor del amo cayó como lluvia fecunda en la heredad, que parecía estremecerse de amor y agradecimiento.

Y un día tras de otro se fué curtiendo al sol y al aire, y mientras más se endurecía la corteza, más nobles blanduras aparecían por dentro.—Como la viña de Apolinar no hay ninguna. La sementera de Apolinar es la capitana. ¡Qué suerte de hombre!—Este era el tema de conversación entre la gente labradora. Los jornaleros se disputaban la casa, porque había formalidad y trago de vino, y allí no se hacía el agio vergonzoso para la baja de jornales. Con Apolinar trabajaban los sanos, los hombres de empuje, estimulados con su ejemplo.

Pasó el invierno y el sol primaveral vistió el campo de gala. Los habares en flor henchían el aire de aromas purísimos; los trigos azuleaban, los cebadales se mecían orgullosamente a compás del viento, las yemas del higueral, reventando al esfuerzo de las primeras hojas, tendían al sol una espléndida gasa de oro verde... y los viñedos extendían sobre la rojiza tierra otra gasa de pámpanos, y ya el olor tem-

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

pranero del cierne se esparcía como una caricia dulce y vivificante.

Llegó el día de la prueba; el día temido y deseado en que Apolinar tenía puestos todos los grandes anhelos de su vida. Antes que el canticio de los gallos sonaron las campanas de la torre con un repique de gloria, de alegría, como voces de un coro nupcial que celebrase las bodas del cielo y de la tierra.

No pudo Lucía convencer a su padre de que, al menos aquel día, debiera pasarlo con la chaqueta puesta.—Me ajogaría—. Y por parecerle esta razón de suficiente peso, no daba otra. Con orgullo hereditario cubría su busto de oso polar con limpísima camisa de lienzo, por entre la cual se desbordaba la cresta pelambre como maceta frondosísima. Cuando entró Apolinar, ya estaban allí el primo Clímaco, la hermana Bella con su dilatada prole, los trabajadores de la casa y varios vecinos, atraídos por aquellos olores de cocina y fritanga, fieros despertadores de la gula.

—Que los tenga usted muy felices, tío Juan y la compaña.

—Apolinar, tantas gracias, y lo mesmo digo.

—Vaya, aquí tiene usted la gallinaza de hoy, que parece un bruño.

Y sin pedir permiso, fuese a la cuadra y trajo un brazado de amapolas, que tiró al suelo.

—Tío Juan, eche usted cuenta.

Y más ágil que un pájaro, doblose y pescó un manojo de hierba en flor que le caía sobre el pecho como una llama.

—Si usted quiere, me la como.

—No tienes que comerla. El toque está en trincarla.

—Lucía, coge el ascua más grande que haya en la hornilla: hala, ya está. Tío Juan, encienda usted su cigarro, y si quiere liar otro, por mí no hay apuro: que ni me meneo, ni bailo, ni soplo, ni sacudo... ¡Como que tengo aquí un callo que parece una onza de oro!

—Ya está. Ahora... justo, las tres cosas. Ahora, tú, Lucía, abraza a este bruto.

El bruto no esperó a Lucía; él la abrazó con toda su fuerza.

—Tío Juan, ¿de veras que es para mí?

—Para ti, cernícalo. Y dale gracias al gallo que te curó; porque ni yo tengo dolor de ijares ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces?...

—No seas borrico—dijo Lucía—. Padre quería que madrugases; si no madrugas, no me abrazas.

Apolinar soltó un relincho estrepitoso; un relincho de salud, de amor, de fortaleza y de ventura.

—¿Sabéis lo que soñé esta noche?—dijo el tío Juan—. Pues que yo era el Padre Eterno, y esta mi cordera era la España, y yo se la daba a una gente nueva, recién venía no se de aónde, con la barriga llena, los ojos relucientes, con callos en las manos y el azaón al hombro...

Un alarido triunfal hendió como dardo sonoro el aire azul de aquella serena mañana del estío. El sol, deslumbrante, caía en lluvia de oro sobre los aperos de labranza; dos mariposas de color de fuego volaban bajo el fresco toldo de pámpanos, y el alegre repique de las campanas parecía responder, allá, en lo alto, al alborozo de la raza nueva, de la raza fuerte, que abría su fecundo surco de amor en la llanura humana.

José Nogales

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

JOSÉ NOGALES

Ha muerto ayer. Su última crónica permanece inédita. No han podido fijarse en ella unos ojos sin luz, ni afiligranar su léxico inimitable un cerebro aniquilado por la eterna sombra.

Nos ha abandonado. No lloréis. Ha muerto después de luchar por el ideal más excelso: por la belleza artística. Se ha dormido en el éxtasis supremo, después de cincelar y pulir el habla castellana.

Su pluma yace: álcela quien pueda; pero antes pare mientes en el alcance de las empresas reservadas al genio y recuerde el aviso cervantino: ninguno la toque que con él no pueda ponerse en parangón.

Cuando muere una madre, se llora; cuando muere un artífice de la idea y de la palabra, se medita. Porque la madre muerta no engendra; pero los hombres como Nogales dejan un germen palpitante, que es vida y fecundidad y progenie.

Sabemos que ha muerto porque lloramos. Pero su palabra no ha muerto, porque ha sido renovación. En sus crónicas hay todo un decálogo, y en esas tablas que parecen de papel y que son de piedra, está el credo de toda la juventud literaria.

Habrán existido escritores más ampulosos, más retóricos, más hueros que Nogales: más artistas, jamás. Nunca, entiéndase bien, nunca, se han llevado al espíritu sensaciones más hondas e intensas, vibraciones más exquisitas. Su prosa ha sido luz, transparencia, tonalidad; su frase, espasmo; su palabra, aleteo.

Y sus crónicas no han pasado con la fugacidad del cactus periodístico. Los espíritus nobles y selectos las han recortado para guardarlas entre relicarios cubiertos de polvo y flores disecadas y cosas ignoradas y evocadoras, que tienen perfume de santidad.

Hace ocho años Nogales era desconocido en Madrid. Allá en ciudades viejas evocaba su espíritu solitario la grandeza de la España ancestral y heroica, la magnitud de nuestra epopeya legendaria. Y a su alma hablaban las piedras socavadas y los claustros fríos y solitarios, y los patios sombríos y las fuentes secas y los vetustos atanores.

Anunciόse un certamen de ingenios, y vino a él dolorido, con la sonrisa amarga de quien todo lo sabe y a todo dispensa compasión hidalga. Su verbo fué resurrección. A su evocación renacieron las letras castizas, la rancia facundia del viejo solar; su trabajo fué un grito de esperanza en el porvenir. Llegó y triunfó. Más afortunado que el César, no necesitó ver; porque su musa se llamaba clarividencia.

De entonces acá no hizo sino esculpir la belleza inmortal, no en bronce de Iberia ni en mármol de Paros, sino en hojas endebles, que, pareciendo más efímeras, son más duraderas, porque son patrimonio de todos.

En este *Liberal*, que le abrió los brazos y le creó un pedestal digno de su fama, se conservan maravillas escritas, que serán perdurablemente el orgullo de la patria a quien supo ensalzar. Todas son bellas, con la impasibilidad de la belleza clásica, que no necesita requilorios y que es más sobriamente digna mostrando su augusta desnudez bajo los pliegues de su clámide. Todas son diáfanas y sublimes. Y, sobre todo, son españolas.

Todo el resurgimiento actual, que depura el estilo, huye de lo afectado y pomposo, y busca la serena majestad de la línea helena, tiene su fuente y manantial en Nogales. Hasta cuando evoca el genio picaresco, surge éste con la varonil gallardía del hidalgo, que antes pudo olvidar la refacción mísera conventual que la blanca de gavilanes, y que con el palillo en los dientes y el estómago ayuno dispensó primero la maculación de la vieja ropilla que la mancha en su ejecutoria.

Este era Nogales, hidalgo y caballero, altivo y desdeñoso con la pequeñez, idólatra de todos los cultos que tuvieran la belleza por ara, entusiasta de las cosas viejas y nuevas que supieron ser grandes, reverente ante todos los atrios en cuyas archivoltas no estuviera esculpido el escudo de lo vulgar.

Sus amigos coleccionarán sus trabajos. Son ellos manjar exquisito que no pueden apreciar todos los paladares; doblas lucientes que no caben en las villanas escarcelas. Por eso son de ley y han de ser inmortales, para enseñanza de españoles y blasón de artistas y espejo limpio de caballeros.

Antonio Zozaya

(*El Liberal*, martes 8 de Diciembre de 1908.)

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa

NOTA BIOGRÁFICA

José Nogales y Nogales nació en 1856, en Aracena (Huelva), en donde hizo sus primeros estudios. Licenciado en Derecho, abandonó pronto su profesión ingrata para consagrarse por entero al cultivo de las letras.

Residió en Madrid, siendo secretario particular de D. Manuel de Burgos cuando este señor fué director general en el ministerio de Ultramar. Entonces fué redactor de *La Época*, y publicó algunos artículos en *El Nacional*. Durante mucho tiempo residió en Sevilla, en donde publicó algunos trabajos, a los cuales no se hizo a la sazón la justicia que merecían.

Premiado en el concurso de cuentos de *El Liberal* en 1900, fijóse en él la atención pública, reconociendo desde luego en él a uno de los escritores españoles de más nervio y enjundia, y sobre todo de estilo más limpio y castizo.

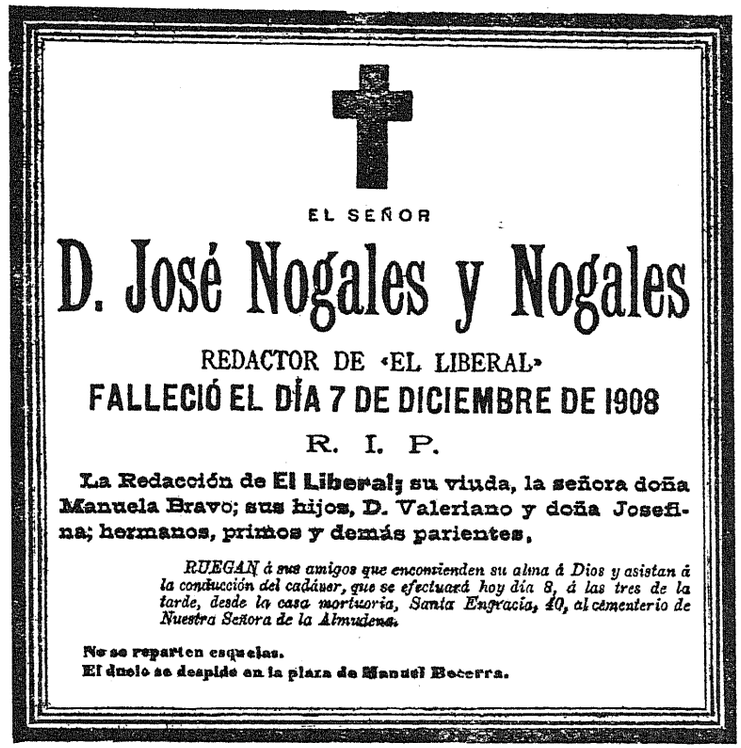
Ha publicado algunas novelas y ha colaborado en los principales periódicos de España y América.

Hace poco más de un año comenzó a perder la vista, llegando después a encontrarse totalmente ciego. Sus últimos trabajos fueron escritos al dictado, pero en ellos no se observa la dificultad que la falta de un sentido como el de la vista debía ocasionarle. A tan gran infortunio se unió recientemente una hidropesía gravísima, que en pocas semanas se agravó, al extremo de llevarle al sepulcro.

El sepelio de su cadáver se verificará hoy, a las tres de la tarde, en el cementerio de la Almudena.

A su viuda, doña Manuela Bravo, y a sus hijos D. Valeriano y doña Josefina, envía la Redacción de *El Liberal* la expresión de un dolor que en todos cuantos conocíamos al eximio escritor será inextinguible.

(*El Liberal*, martes 8 de Diciembre de 1908.)



EL SEÑOR

D. José Nogales y Nogales

REDACTOR DE «EL LIBERAL»

FALLECIÓ EL DÍA 7 DE DICIEMBRE DE 1908

R. I. P.

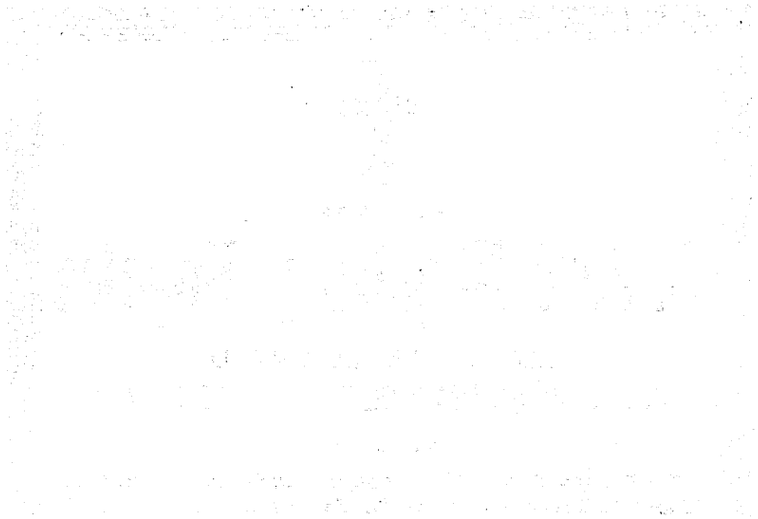
La Redacción de El Liberal; su viuda, la señora doña Manuela Bravo; sus hijos, D. Valeriano y doña Josefina; hermanos, primos y demás parientes,

RUEGAN á sus amigos que encomienden su alma á Dios y asistan á la conducción del cadáver, que se efectuará hoy día 8, á las tres de la tarde, desde la casa mortuoria, Santa Engracia, 40, al cementerio de Nuestra Señora de la Almudena.

No se reparten esquelas.
El duelo se despide en la plaza de Manuel Becerra.

Reproducción fotográfica de la esquela publicada en *El Liberal:* fecha *ut supra.*

upna Universidad Pública de Navarra Nafarroako Unibertsitate Publikoa



upna
Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

upna